



EL FALSO ESPEJISMO DE LA GLORIA.

CARLOS LOZANO

Peregrino de alma prócer y adelantado pensamiento que en las noches y las nieves de París fue desflorando su cuerpo en cada emoción, que hizo reventar en el arbusto de su vida el fruto pleno de esencias de un arte soñado y poseído; que recogió en la cosecha del esfuerzo, el agua bienhechora para su inextinguible sed de armonía y elevación; así pasó por el mundo el inolvidable Carlos de la sonrisa franciscana y el corazón infantil.

Ahora, que todo prejuicio de adulación o fingimiento, se desvanece frente al límite inexorable y cruel de la muerte, desecharía para el pianista desaparecido la devoción unánime del México culto, que parece no comprender aún lo que de elevado y noble tiene el sacrificio de Lozano por conquistar para su México el lugar que puede tener en el concierto de las decantadas civilizaciones modernas.

Recordando pláticas de café, lo veo en su buhardilla olvidada,

das sus frases: Menos trabajo viejecito, menos estudio, que estás muy debilitado y a ese paso no te vamos a poder oír en México. Pero el pianista contestaba con alguna evasiva ingenuosa o con un arranque de sano optimismo y juventud... Después, la guerra, la apocalíptica guerra que le obligó más de un día a buscar refugio en las "caves"... la pobreza martirizando su

cuerpo enfermo... El triunfo en España... el adiós de su maestro bondadoso y cortés Eduardo Risler. El mar interminable y lleno de peligros... los sufrimientos en la Habana, su gravedad en el camarote y la enfermedad desgarrando sin piedad sus pulmones agotados. Finalmente, su arribo a la Patria, rido de tantas admiraciones y de tantos cariños... Su último esfuerzo por sonreír, su vana esperanza de alivio, para dejar en el amoroso regazo materno el postrer aliento de vida. Tenía 20 años, largos y espinosos veintinueve años de lucha febril. Soñó mucho, y en el afán



Carlos Lozano cuando salió para Europa.



Un rincón del estudio del pianista, en París.

encorvado, triste, con aquellos grandes anteojos de carey que ayudaban a los ojos cansados en su constante labor de estudio, entregado a cultivar su huerto, sin fijarse en el debilitamiento cada vez mayor de su cuerpo cansado. ¡Pobre Lozano! En las tardes en que la nieve cubría todo rastro de vida y calor en los campos interminables, debió palpase el cráneo cuyas opacidades

constante de aprisionar almas, perdió la suya.

No podré olvidar aquella tarde lluviosa en la que pensé con un abrazo estrecho y vigoroso del amigo por mucho tiempo ausente. Le encontré muerto. Allí, su perro favorito, aullaba a sus pies, lastimosamente. Era el mismo fiel amigo de Carlos, que lloraba cuando su amo interpretaba a Chopin.



Otra pequeña vista del mismo estudio.

adquirían rápidamente relieves hondos y cuencas ensombrecidas.

¿Para qué los ruidosos éxitos en los salones aristocráticos? ¿Para qué los rutinarios elogios que mueren pronto, dejando en los labios la arruga amarga de la ironía o el gesto displicente del *non* aburrido? Todo ese agotamiento nervioso y cerebral por conquistarse el lauro, el aplauso, el amor de las multitudes, que son tornadizas como la mujer, terminando en el punto negro del dolor y de la muerte.

En las noches encantadas de París, pintadas con mucho acierto por Gómez Carrillo, cuentan que Lozano recorría las barriadas de la bohemia y del amor, comiendo mal y haciendo espontáneas caridades... Tocaba el órgano en una catedral del centro, amaba poco a las mujeres, y en las tertulias su buena sonrisa se iba apagando poco a poco y los lauros con tanta justicia ganados, ensombrecían su frente prematuramente vieja. Cabral, el sutil caricaturista, era en las madrugadas desde su cuarto alquilado, las notas febriles y atormentadas que Carlos arrancaba al piano, y más de una vez le dijo familiarmente, con esa amable simpatía que imprime a to-



El piano que mató al artista.

En la sombra más espesa de la sala que olía a drogas y flores, ocultaban su tremendo pesar los familiares del pianista. Oscilaba en un rincón la llama de un cirio circundado de gruesas lágrimas de cera cuajada, y en el ambiente parecían vibrar las últimas palabras del moribundo: Mamá, Mamá, Risler, Eduardo...!

El paternal maestro Meneses se enjazzaba una lágrima incontenible. La lluvia azotaba los cristales, y el negro del piano tenía brillos de féretro.

Algo como el roce del ala negra del infortunio, se adivinaba en las sombras alargadas y movedizas que vagaban en las paredes grises. En cada mueble se acurrucaba un recuerdo amargo y en los espejos, las luces se retrataban como lágrimas extrañas y fugaces; nuevamente desfiló por mi cerebro el éxodo doliente del pianista y sus angustias por tierras de exterminio y de honra.

No quise ver el rostro del buen amigo, del virtuoso Carlos, y al salir con una opresión indefinible en el espíritu, maldije el fascinante y falso espejismo de la gloria!..